

Más sobre el idioma nacional.

3-12 1
B. Complutenses VI

56

("La Nación"; Buenos Aires (R. A.) 13 marzo 1908).

MÁS SOBRE EL IDIOMA NACIONAL

(ESTA LA NACIÓN)

SALAMANCA, febrero de 1908.

Después de haber remitido á ese diario mi correspondencia sobre el llamado idioma nacional, recibo la conferencia que el 31 de julio del año pasado pronunció en la universidad de Chile el profesor del Instituto Nacional y del Internado Barros Arana y director de «La Revista de la Asociación de Educación Nacional», D. Julio Saavedra. La conferencia se titula «Nuestro idioma patrio», y su lectura me ha corroborado en cuantos puntos de vista expuse en mi anterior citada correspondencia. Voy, pues, con ocasión de la conferencia, á ampliar algunos de esos puntos y á presentar otros nuevos.

La ciencia lingüística del señor profesor Saavedra es bastante deficiente, y lo es porque este señor no ha entrado á adquirirla con ánimo sereno y sin otro amor que el amor á la verdad. Un sentimiento tan respetable y sagrado como es el amor propio le ha ofuscado. Y ni aun esto, sino algo peor. Porque en la conferencia del señor Saavedra se ve que es ojeriza y hostilidad á España y lo español más que amor á Chile y lo chileno, lo que la mueve. Y de esto hablaré luego.

Por de pronto, me encuentro con otro caso más de lo que os decía en mi otra correspondencia, y es con el caso de un americano que apenas conoce más castellano que el literario y escrito. En la página 17 del folleto de su conferencia, estampa cincuenta ejemplos «referentes sólo al significado» — dice — y «recogidos en diez minutos», ejemplos de voces cuyo sentido cree el Sr. Saavedra que es en Chile distinto al que tienen en España. En diez minutos es difícil llevar bien á cabo una tal investigación, y, en efecto, así ha salido ello.

Cierto es que, al final de la nota, estampa estas palabras: «Voy á responder á dos objeciones que aguardo: las palabras entre paréntesis se usan también aquí, es cierto, pero no son «populares», lingüísticamente hablando; las otras tal vez se usen en España, pero no son «populares», al menos en Madrid».

Esta coleta de «al menos en Madrid» está muy bien traída y con ella le queda al profesor Saavedra guardada la retirada. Porque yo le digo y le aseguro, y podría probarárselo, que de esas cincuenta palabras que cita, «la inmensa mayoría de ellas, la casi totalidad, son «populares» en una y otra región española — muchas de ellas en ésta en que vivo — con el sentido mismo que les dan en Chile». Y respecto á que no sean populares allá las que van entre paréntesis, no sé que diga, pues si no quiero dudar de la buena fe del profesor Saavedra, sé, por otra parte, que pasión quita conocimiento y que hay pocas pasiones más cegadoras que las de la patriotería.

¿Qué español que haya recorrido algo su patria y haya andado por los pueblos y



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

óido hablar á lugareños y campesinos no ha de reirse al oír que le quieren hacer pasar por chilenismos el llamar chicharra á la cigarra, langosta al saltamontes, pescado al pez, trabajador al obrero, pesebrera al establo, puro al cigarro, fósforo á la cerilla, pedrillo á la ficara («aquí» no se lo llama sino pedrillo), unto al betún, pelea á la rifa, falda al regazo, guapo al valiente, etcétera, etc., etc.? Porque no es cosa de ir citándolas casi todas.

Pero dejémosnos de esto y vamos á consideraciones de más peso y substancia.

El profesor Saavedra quiere aplicar al probable porvenir del castellano en la América que lo habla lo que sucedió con el latín en los países que hablan hoy lenguas romances ó neolatinas. Sólo que hay diferencias que no cabe desatender.

En primer lugar, el latín se impuso y extendió en los países llamados hoy latinos substituyendo á otras lenguas indígenas, incluso en Italia. Cuando los soldados romanos vinieron á España, trayendo la lengua rural latina, el «sermo rusticus», se encontraron con pueblos que hablaban otros idiomas, probablemente muy distintos de aquél y distintos entre sí. El latín vino á ser una especie de lengua franca, el modo de entenderse entre sí pueblos á quienes

los romanos pusieron en comunicación no guerrera unos con otros. Y estos pueblos dejaron sus lenguas propias para adoptar la del conquistador.

Este es un hecho de importancia suma. Porque las diferencias que hay entre los distintos idiomas romances ó neolatinos provienen, más que de otra cosa, de que los pueblos que los hablan tenían hechos el oído y la lengua á otros idiomas. Creo que las peculiaridades fonéticas de cada uno de esos lenguajes arrancan de la fonética de las lenguas primitivas que cada pueblo habló. Es decir, que los romances son desarrollos de verdaderos chapurrados. Y esto puede verlo quien, como á mí me ocurre, esté en disposición de estudiar un chapurrado.

Entre el castellano y el portugués, que como lenguas escritas apenas se diferencian una de otra, hay enormísima diferencia fonética, y creo que proceda de las lenguas que hablaron los ascendientes de unos y de otros antes de escribir el latín.

Y aun hay más, y es que la transformación del latín en los romances se hizo rápidamente, como la substitución por aquél de las lenguas indígenas. Es muy de creer que, en un par de siglos, cambió muchísimo más que pueda cambiar luego en una docena de ellos. Ese proceso evolutivo no fué uniforme ni fué tan lento como se cree. Y no debió de ser porque su causa fué acústica más que fonética. No es tanto que no se pueda pronunciar de tal modo cuanto que se oye mal y, sobre todo, se reproduce lo oído, acomodándolo á los hábitos de pronunciación propios.

Y lo ocurrido en América con el castellano fué muy diferente. Ahí, en general, no tuvo el castellano que substituir á idiomas indígenas, pues los que los hablaban ó se extinguieron ó se fundieron en la población de las colonias. Las gentes que ahí hablan castellano son, en tesis general, descendientes de españoles. El núcleo cordial y radi-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

cal de cada una de esas repúblicas proceda de una colonia. Fuera los conquistadores y pobladores españoles que les llevaron su idioma propio. Y esto implica una grandísima diferencia para el desarrollo de un idioma.

Cierto es que después han acudido nuevas masas de inmigrantes de muy distintas procedencias, pero todo el que haya estudiado estos fenómenos sociales sabe muy bien que el núcleo primitivo predomina siempre en mucha mayor proporción que la implicada en su valor numérico. Cien hombres derrotan y someten a mil, con sólo que los vayan cogiendo diez á diez. Si dos pueblos se mezclan, siendo los unos 900 y los otros 100, en el resultado figurarán estos últimos en mucho menos que un 10 por ciento.

Y tan cierto es esto de la persistencia del núcleo primitivo, que habiendo partido casi toda la emigración española á las repúblicas del Plata y á Chile y Perú, después de independizarse éstas, de la región caudibérica española, siendo los más de los emigrantes españoles gallegos, asturianos, montañeses y vascos, las más de las que en esas naciones pasan por peculiaridades lingüísticas de ellas son extremeñismos ó andalucismos. Andalucismos son los más de los que por chilencismos toman algunos chilenos. Especie que acaso no satisfaga al profesor Saavedra, que lleva un apellido gallego.

Las peculiaridades fonéticas y morfológicas del castellano que en América se habla, son peculiaridades intrínsecas al castellano mismo, nacidas de su lógica interna, y coinciden exactamente con las peculiaridades de las hablas populares de distintas regiones españolas. Hablas populares de que suelen saber poco ó nada los que por ahí se meten á hablar de estas cosas.

La otra grandísima diferencia que hay entre las condiciones en que el latín se diversificó en los romances y las que rodean al castellano en América, es que aquella diversificación se cumplió en los siglos más caliginosos y de menor cultura, cuando apenas había quienes supiesen leer y escribir, cuando se había hundido la cultura antigua.

La invención de la imprenta no es un suceso tan antiguo, pero lo que, sobre todo, es relativamente moderno, es su difusión, y la importancia de la prensa. Aun no podemos juzgar bien toda la importancia que para el proceso evolutivo de las lenguas cultas—proceso que sigue una velocidad uniformemente retardada—significa la difusión del arte de la lectura, la gradual desaparición del analfabetismo, y la difusión consiguiente de la prensa. Todo lo cual tiende á dar á la lengua escrita una predominación cada vez mayor sobre la lengua hablada.

Cierto es, por otra parte, que la prensa misma introduce modificaciones en el lenguaje, pero tienen poca eficacia por provenir de modificaciones accidentales é irregularidades individuales. El mismo profesor Saavedra cita, queriendo que los tomemos por chilencismos, giros sacados de números de diarios chilenos. Algunos de ellos tienen toda la pacha de ser una errata, pero los más son exactamente iguales á los que se podrían recoger de diarios españoles y sólo



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALÉS



prueban que las tales publicaciones están escritas con muy poco cuidado, lo cual nada tiene de particular. Así me lo jure no me hace creer el profesor Saavedra que una frase como «la lei... que «hacen» muchos días fué presentada...» es chilénismo ni cosa que lo valga. Ese es un solecismo que se comete lo mismo en España que en Chile.

Una vez me trajo un amigo ciento librito de lectura para escuelas publicado por una maestra argentina—es decir, al servicio de la Argentina—y lleno todo él de los más absurdos barbarismos. Y yo le dije: «estos ni son argentinismos ni nada que se les parezca; estos no son más que barbarismos, y apostaría cualquier cosa á que esta señora no es argentina sino extranjería, quiero decir, natural de país en que no se habla castellano y que ha aprendido esta lengua siendo ya mujer hecha y formada». Y así resultó ser. Y no quedé pensando en las ventajas que pueda ofrecer el encargar la enseñanza del idioma nacional argentino ó chileno no á un nativo del propio país, pero tampoco á un español—¡Dios nos libre!—sino á un italiano ó alemán.

Está bien que los patriotas al modo del profesor Saavedra se preocupen de que no influyamos los españoles en el habla y el pensamiento de sus propios pueblos. Habríamos de llevarles la inquisición y no sé cuantos horrores más.

«Una nación que, como España, dispone de un idioma usado como lengua materna por millones de hombres, ejercerá—escribe el profesor Saavedra—sobre las naciones americanas, si éstas continúan asimilando su idioma, sus ideas, su alma, una influencia tal, que el libre desarrollo del alma de nuestras patrias será estorbado y encauzado en el lecho de la civilización hispana».

Tal es el peligro, el tremendo, el pavoroso, el funesto peligro. En cuanto un pueblo americano se deje encauzar por el lecho de la civilización hispana está perdido; ya no le es posible encontrar su alma propia. ¡Qué cosas se escriben, Dios mío! Y yo me digo: ¿esto, es amor á Chile ó es ojeriza á España? Y me añado: ¿y este señor y los que como él sienten y se expresan, conocen á España? ¿Tienen sentido de lo que es su alma propia y son capaces de desenredarla de las manifestaciones históricas y pasajeras en que nos la han enturbiado?

Tengo yo un amigo americano, partidario de que el francés substituya al castellano como lengua nacional en las repúblicas hispanoamericanas. Y este mi amigo me decía una vez con muchísima más gracia de la que él quería: «Pero no ve usted, amigo Unamuno, el absurdo de que veinte repúblicas se estén sirviendo de la lengua de una monarquía?» Y yo le repliqué, casi con tanta gracia como la empleada por él en su pregunta: «¿Y quién le ha dicho á usted que la lengua sea en España monárquica ó que los idiomas nacionales sean en las repúblicas hispanoamericanas repúblicanos?»

Claro está que no pongo al profesor Saavedra al nivel de éste mi inconscientemente humorístico amigo, pero las raíces del pensamiento del uno sienten sospechar que se tocan con las raíces del pensamiento del otro.



Al profesor Saavedra le preocupa el que su pueblo llegue á tener una verdadera literatura propia, y con ella una personalidad. Está muy bien esto y es preocupación muy plausible. Pero su pueblo puede llegar á tener una literatura propia, reflejo de su alma, y tenerla en castellano. El alma de Escocia—he de repetirlo—se refleja tan bien ó mejor que en los cantos en el viejo lenguaje céltico que agoniza en los highlands, en los de Burns, escritos en un dialecto inglés, y el alma de Bretaña, no más en celtos en el lenguaje también céltico que allí mismo agonizan, que en los escritos de Renán, que están en puro y correcto francés. No necesitan los chilenos tener una gramática, y un diccionario propios—que, además, serían una ridiculez fundada en desconocimiento del español que se habla en España—para tener un alma suya propia.

Y antes de concluir, por ahora, con ésta voy á permitirme una observación sobre la que prometo volver con más extensión y sosiego. Se refiere á aquello que el profesor chileno dice de que «por la literatura y no

por la fuerza de las armas, Francia ha impreso su sello en América, en España misma y en el mundo entero», añadiendo que «la civilización de Chile fué casi exclusivamente francesa en el siglo XIX».

Permitame el profesor Saavedra, y permitame cuantos como él opinan al respecto, que por lo que hace á España les presente más dudas. La influencia francesa no ha pasado aquí nunca de la epidermis y apenas ha tenido acción en lo íntimo del carácter nacional. Ha sido y es una influencia mucho más superficial y pasajera de lo que se cree. Nuestros escritores afrancesados no son populares. El más popular de nuestros novelistas de hoy, Galdós, procede más de Dickens y de la literatura inglesa,—si es que de algo extranjero ha recibido éste tan radicalmente español novelista—que de los franceses. Dickens mismo era popular aquí antes que se tradujera y leyera á Zola, lo fué mientras éste parecía cobrar popularidad y hoy que apenas se lee ya á Zola sigue leyéndose á Dickens, y á Walter Scott.

No, lo francés no ha sido aquí nunca popular ni puede serlo. Y no puede serlo por la radical y profunda divergencia, y hasta contradicción, que hay entre el genio francés y el español, tanto en las buenas cualidades de uno y de otro como en sus respectivos defectos. Ni nuestras preeminencias son las preeminencias francesas ni nuestros defectos son los suyos.

Y si algún autor francés ha llegado á echar raíces en el gusto de los españoles como le pasa á Víctor Hugo, es por razones especialísimas é independientes del genio francés. En el caso citado por lo que, según confesión de los franceses mismos, tiene Víctor Hugo de español.

Es un error de perspectiva el creer en la profunda influencia de la literatura francesa sobre la española. Y esto que creo es un error en España, creo es también un error refiriéndonos á América. También ahí la influencia francesa es más aparente que real y más superficial que honda. Y tiempo hubo en que los profesores imita-



dores de lo francés lo imitaban á través de imitaciones españolas.

Larra (Figaro) pasó por un literato afrancesado, pero á poco que se le estudió se ve cuán pegadizo y cortical era lo francés en él; que genuina y castizamente castellano era. Y Quintana lo mismo. Y Espronceda si algo imitó fué á Byron. Y Zorrilla fué español por todos cuatro costados y por todos sus defectos tanto como por sus excelencias. Y Núñez de Arce. Y Campoamor. Y Castelar. Y etc.

Y algún día he de escribir de largo sobre el supuesto afrancesamiento de las literaturas hispanoamericanas, y, como los que ahí perduran y siguen leyéndose tienen poco de afrancesados y en lo que de ello tengan se les lee no por eso sino á pesar de eso. Sarmiento, profeso hispanófilo y no menos profeso francófilo, era radicalmente español y nada francés de espíritu.

Es menester que nos convenzamos todos de que tanto los pueblos como los individuos, llegan á encontrarse buscándose á través de los demás, que la imitación es el camino de la originalidad y que llega á ser más original quien ha sabido tentar más caminos. Y por lo que hace á los pueblos americanos, cuyos núcleos germinales son de origen español y cuya lengua es la lengua española, no me parece que la imitación de lo francés sea el camino más corto y más llano para que lleguen á hacerse dueños y conocedores de su propio espíritu.

Algo más creo sacarían de estudiar las clásicas manifestaciones del alma de esta tan calumniada como desconocida España.

Claro está que estudiándolo todo é inspirándose en los pueblos todos de cultura.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES